

# **He visto tus lágrimas... Yo te sanaré**

2 Reyes 20:5

Sylvain FAYARD

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Introducción</b> . . . . .	<b>3</b>
1.1 - Las lágrimas en la Escritura . . . . .	3
1.2 - Un aspecto de nuestra humanidad . . . . .	3
<b>2 - El sufrimiento y el duelo</b> . . . . .	<b>4</b>
2.1 - En la angustia . . . . .	4
2.2 - Lágrimas y oraciones . . . . .	5
2.3 - Ante la muerte . . . . .	6
2.4 - En el duelo . . . . .	7
<b>3 - La vuelta a la vida</b> . . . . .	<b>8</b>
3.1 - Lágrimas de gratitud . . . . .	9
3.2 - El arrepentimiento y la confesión . . . . .	9
3.3 - El poder de la Palabra de Dios . . . . .	10
3.4 - Las lágrimas de felicidad . . . . .	12
3.5 - Los llantos de José . . . . .	12
<b>4 - Siguiendo al Señor</b> . . . . .	<b>13</b>
4.1 - Lágrimas de compasión . . . . .	13
4.2 - Para el pueblo de Dios . . . . .	15
4.3 - Al servicio del Señor . . . . .	15
4.4 - Quejas y lamentos . . . . .	16
<b>5 - Las lágrimas del Señor Jesús</b> . . . . .	<b>17</b>
5.1 - Anunciadas en el Antiguo Testamento . . . . .	18
5.2 - Jesús lloró . . . . .	18
<b>6 - Los consuelos de Dios</b> . . . . .	<b>20</b>
6.1 - El Dios de toda consolación . . . . .	20
6.2 - Los mensajeros del consuelo . . . . .	21
6.3 - Jesús, nuestra esperanza . . . . .	22

# 1 - Introducción

## 1.1 - Las lágrimas en la Escritura

«Has tomado en cuenta mi vida errante ... mis lágrimas ... ¿no están ellas en tu libro?»

*Salmo 56:8 (LBLA).*

*Vivimos en un mundo de fealdad y de belleza, de tristeza y de alegría, de ira y de paz, de maldad y de bondad... El cristiano puede conocer la felicidad, aunque su vida esté a menudo acompañada de lágrimas, de sufrimiento, de soledad, de enfermedad, de decepción, de rupturas y, a veces, incluso de persecución.*

*Dios viene a nosotros donde estamos... para llevarnos a él. Él trata con nosotros tal como somos, con nuestros pensamientos, sentimientos, emociones, necesidades, todo nuestro ser interior. Su Palabra, la Biblia, menciona todas las situaciones que podemos experimentar: la ira, la ansiedad, el miedo, la tristeza, pero también la paz, la serenidad, el valor y la alegría.*

*En las siguientes líneas, veremos lo que la Biblia nos dice sobre las lágrimas, y las respuestas que les da. Las lágrimas acompañan al hombre durante toda su vida: desde la infancia (Éx. 2:6) hasta la vejez (Esd. 3:12). Dios ve y oye todas estas lágrimas, incluso los sollozos. Nos consuela, nos da respuestas de amor.*

## 1.2 - Un aspecto de nuestra humanidad

*«De tristeza llora mi alma; fortaléceme conforme a tu Palabra». Salmo 119:28 (LBLA).*

*Las lágrimas, un fenómeno fisiológico, expresan lo que ocurre en nuestra alma [1]. Tienen un significado que las palabras no siempre pueden transmitir.*

[1] El alma, en la Biblia, es la persona en su aspecto interior, que experimenta diversos sentimientos: el gozo y la paz (Jer. 6:16; Lam. 3:17; Sal. 86:4; 94:19), viva expectación y amor (Gén. 34:3; 44:30; Cant. 1:7; 3:1-3), odio y desprecio (Is. 1:14; 49:7; Jer. 15:1; Ez. 25:15; 36:5), tristeza, dolor, amargura (1 Sam. 1:10;

30:6; Ez. 27:31; Job 2), angustia (Sal. 6:3; 107:26), etc.

*Signo de nuestra sensibilidad, a veces de nuestra fragilidad, son testigos de emociones profundas que no siempre somos capaces de controlar. ¿El hecho de no llorar es una indicación de fortaleza o de espiritualidad? Numerosos textos de la Biblia que evocan las lágrimas de los hombres y mujeres de fe atestiguan lo contrario.*

*No siempre entendemos nosotros mismos por qué lloramos. A veces un encuentro, una situación o un acontecimiento nos afecta tanto que no podemos expresarlo inmediatamente con palabras. Estas lágrimas, cuando se nos cierra la garganta y nos quedamos sin palabras, son un signo de la dificultad de decir lo que sentimos, ya que las palabras son demasiado pesadas para ser dichas en ese momento.*

*A menudo, las lágrimas que no podemos contener, en lugar de ser un signo de retraimiento, se convierten en la fuente de una nueva palabra, el punto de partida de una liberación. Esto es especialmente cierto cuando se asocian con la oración (Sam. 1:10; Neh. 1:4). Son valiosas para Dios porque nuestra alma es preciosa para su corazón. La ha redimido a un gran precio (1 Pe. 1:19).*

## 2 - El sufrimiento y el duelo

1. En la angustia
2. Lágrimas y oraciones
3. Ante la muerte
4. En duelo

### 2.1 - En la angustia

*Agar «alzó su voz y lloró». Génesis 21:16*

Las primeras lágrimas de la Biblia son las de una madre. Expulsada con su hijo, Agar se encuentra en el desierto, sin recursos, sin ayuda. Una vez agotada su reserva de

agua, deja al niño al pie de un árbol y se sienta en un rincón para no verlo morir. Lloro, está angustiada.

Varias veces la Biblia evoca las lágrimas de una madre, como Agar, y de un padre, como Jacob o David. Muestra la profundidad de las heridas cuando tocan los vínculos fundamentales entre padres e hijos.

Ante lo que nos afecta en nuestra intimidad, o ante las circunstancias que nos desbordan, lloramos... seamos hombre o mujer.

En su sufrimiento Agar llora, sin formular realmente una oración, pero Dios escucha la voz del niño. Es un Dios de compasión, atento a los gritos de todos los que sufren, grandes o pequeños. Él sabe dónde está cada una de sus criaturas, eso es una realidad... y para nosotros, los cristianos, es un estímulo para orar por nuestros hijos y por todos.

¿Cómo reaccionamos cuando estamos en apuros? ¿Hacemos como los contemporáneos de Oseas? «No clamaron a mí con su corazón cuando gritaban sobre sus camas; para el trigo y el mosto se congregaron, se rebelaron contra mí» (Oseas 7:14). ¿O nos dirigimos a Dios, en un arrebatado de fe? (2 Crón. 33:12). Meditemos en el amor de Dios: tantas veces hemos huido de él y, sin embargo, nos abre los brazos en cuanto volvemos a él. Si clamamos a Dios en la angustia, seremos liberados.

«Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias» (Sal. 34:6). Nuestras vidas estarán iluminadas por la luz de su amor, no nos confundiremos (Sal. 34:5).

## 2.2 - Lágrimas y oraciones

*Ana, «con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente». 1 Samuel 1:10*

El comportamiento de Ana es una hermosa ilustración de la actitud del creyente en la angustia. Ana conocía la amargura de no tener un hijo. Su dolor era aún mayor porque no podía compartirlo. Y, sin embargo, no se dejó llevar por la desesperación. Su oración y sus lágrimas eran un llamamiento urgente a Aquel que era el único que podía ayudarla.

Dios respondió más allá de su petición. Le dio un hijo, Samuel, y además lo formó para su misión de profeta para la bendición de todo el pueblo. De esta situación de

esterilidad y sufrimiento, hizo salir vida, paz y bendición [2]. Además, Ana tuvo 3 hijos y 2 hijas (1 Sam. 2:21).

[2] A veces la respuesta del Señor es la que nosotros deseamos. Pero otras veces, da a quien le ora la fuerza para aceptar otra respuesta que la esperada, como en el caso de David, que oró por la vida de su hijo (2 Sam. 12:20).

Nuestras lágrimas pueden convertirse en oración cuando las derramamos confiando en el amor y la fidelidad de Dios. «Oye mi oración, oh Jehová, y escucha mi clamor. No calles ante mis lágrimas» (Sal. 39:12), oró David. Abrámonos a Aquel que lo sabe todo. A veces ni siquiera sabemos cómo formular las palabras de una oración. Podemos entonces hacer nuestros los versículos de los salmos escritos por creyentes que, en su angustia, se dirigieron a Dios e invocaron a quien libera nuestras almas de la muerte, nuestros ojos de las lágrimas, nuestros pies de la caída (Sal. 116:8).

Las lágrimas son a veces la forma definitiva de mantener la confianza y de reaccionar ante un sufrimiento que podría llevar a la desesperación. Así, Jacob llora por José (Gén. 37:35; comp. Jer. 31:15-17). El Señor no está ausente de la mayor angustia. Solo él puede sacarnos de ella y consolarnos. Él es el pastor y guardián de nuestras almas (1 Pe. 2:25).

### 2.3 - Ante la muerte

*«Así dice Jehová, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová». 2 Reyes 20:1-6*

La muerte..., el fin del hombre en la tierra, la separación definitiva de todo lo que le une a la tierra y a los suyos. Para el que todavía está en sus pecados, ella es realmente el rey de los terrores (Job 18:14), porque después de la muerte viene el juicio (Hebr. 9:27-28). Es, en efecto, la que más lágrimas hace derramar en la tierra. Dios lo sabe. Sin embargo, el cristiano no está afligido «como los demás que no tienen esperanza» (1 Tes. 4:13).

Ante la perspectiva de su propia muerte, Ezequías ora a Dios y derrama muchas lágrimas. Dios le responde, lo sana y se lo revela de una manera nueva. Ezequías

aprende cuatro cosas esenciales:

1. *He escuchado tu oración*: Dios es quien escucha las oraciones; Ezequías lo sabía, pero lo experimentó en su angustia.
2. *He visto tus lágrimas*: Nuestro Dios es sensible al sufrimiento de los suyos.
3. *Yo te sanaré*: solo Dios tiene una respuesta a la muerte. Las curaciones que puede conceder a su pueblo –la curación del cuerpo, pero también la del alma (Sal. 41:4) –dirigen la mirada de la fe hacia la vida, la vida de la resurrección.
4. *Subirás a la casa de Jehová*: la meta de Dios es su propia gloria. Tener conciencia de esto dirige nuestros pensamientos a Dios (no a nosotros mismos) y nos lleva a adorarle.

Como lo hizo con Ezequías, Dios quiere hacer brillar su luz en nuestras vidas. Ella nos sondea. Ezequías pensaba que había caminado ante Dios con un corazón perfecto (2 Reyes 20:3), tendrá que aprender a decir: «Echaste tras tus espaldas todos mis pecados» (Is. 38:17). Dejemos que la luz divina penetre en nuestra conciencia, es la luz de la vida (Juan 8:12).

## 2.4 - En el duelo

*«Entonces Jesús, cuando la vio llorar, y también a los judíos que habían venido con ella, se conmovió en su espíritu y se turbó; y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró. Dijeron, pues, los judíos: ¡Mirad cómo la amaba!» Juan 11. 32-36*

En presencia de la muerte, las lágrimas surgen casi irresistiblemente. Sin embargo, las grandes penas pueden reprimirse durante mucho tiempo, cuando sería tan consolador expresarlas.

Jesús se conmueve ante las lágrimas de la viuda que ha perdido a su hijo (Lucas 7:13). Se estremece y llora ante las lágrimas de María, que ha perdido a su hermano Lázaro. «Llorad con los que lloran» (Rom. 12:15), escribió el apóstol Pablo.

¿Acaso el que llora no necesita que se le acompañe en su llanto, que se le escuche antes que cualquier otro consuelo? [3] Esta escucha paciente y amorosa es ya

un apaciguamiento. ¡Qué bueno es poder llorar libremente con los que amamos, y cuánto más con nuestro divino Consolador!

[3] Esto es especialmente cierto para un sufrimiento muy grande, como la muerte de un hijo. Oremos por los que están pasando por esas pruebas, para que Dios esté a su lado. El Señor entra de lleno en las penas de los suyos, y hay secretos entre el alma afligida y su Dios: él conoce todas nuestras lágrimas, las recoge (Sal. 56:8).

Abraham se levantó de delante de su muerto (Gén. 23:3). La actitud de Abraham nos habla de lo que sigue al duelo. Recuperarse de un duelo no significa borrar el recuerdo de la persona que nos ha dejado, sino aceptar su salida por parte de Dios. También significa aprender poco a poco a vivir sin la presencia de quien se ha ido.

El recuerdo apacible de los que nos han precedido en el descanso, nos ayuda a continuar el camino, con la esperanza de la resurrección para estar siempre con el Señor Jesús (1 Tes. 4:17).

*Estar a tus pies...*

*Jesús, para dejarte hablar.*

*Estar a tus pies, en la tristeza,*

*Encontrando para todos mis dolores*

*Su simpatía y ternura,*

*Tu bondad que seca mis lágrimas.*

(Himnos y Cánticos, francés, n° 134, estrofas 1 y 2).

## 3 - La vuelta a la vida

1. Lágrimas de gratitud
2. El arrepentimiento y la confesión
3. El poder de la Palabra de Dios
4. Las lágrimas de felicidad
5. Los llantos de José

### 3.1 - Lágrimas de gratitud

«Llorando, se puso detrás, a sus pies; y comenzó a humedecerle los pies con sus lágrimas». *Lucas 7:38*

«Cambiaré su lloro en gozo». *Jeremías 31:13*

Cuando percibimos que nos hemos equivocado, que hemos desperdiciado parte de nuestra vida y quizás la de otras personas, cuando tomamos conciencia de que hemos deshonrado a Dios, sentimos un profundo sufrimiento. No nos quedemos ahí, no nos quedemos postrados, no nos hundamos en el remordimiento, sino que volvamos a Dios que quiere levantarnos.

Nuestras lágrimas adquirirán entonces otro carácter: expresarán la emoción de ser objeto de su gracia. A pesar de todas nuestras faltas y errores, el Señor nos ha amado y nos atrae hacia sí. En *Lucas 7*, la mujer que se acerca a Jesús llora y cubre de besos los pies del Señor: ella es consciente de su pecaminosidad, de su indignidad, pero también del amor del Señor Jesús que la acoge tal como es (*Lucas 7:37-38*).

Cuando Dios abre nuestros corazones de esta manera para dejar entrar la luz de la gracia y las maravillas del Evangelio, entonces la alegría nos inunda y nuestras lágrimas se convierten en lágrimas de gratitud. “Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría”, escribió Blaise Pascal al convertirse.

Muchos, algunos de los cuales no habían llorado desde su niñez, pudieron hablar de las lágrimas que corrieron espontáneamente por sus rostros cuando se acercaron al Señor Jesús que cambió sus corazones de piedra en corazones de carne (*Ez. 11:19*).

Lágrimas que brotan cuando nuestro espíritu se ve embargado por lo que antes le era desconocido: el amor de Dios que nos buscó y nos trajo a sí.

### 3.2 - El arrepentimiento y la confesión

«Mientras oraba Esdras y hacía confesión, llorando y postrándose delante de la casa de Dios, se juntó a él una muy grande multitud de Israel, hombres, mujeres y niños; y lloraba el pueblo amargamente». *Esdras 10:1*

«Volviéndose el Señor, miró a Pedro. Y recordó Pedro la palabra del Señor, que le había dicho: Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo de allí, lloró amargamente». *Lucas 22:61, 62*

Hay muchas situaciones en las que las lágrimas son un signo de cambio, de renovación.

La primera de estas situaciones es el arrepentimiento [4] que lleva a la vida (Hec. 11:18).

[4] El arrepentimiento es el retorno que hacemos sobre nosotros mismos, sobre nuestra conducta, nuestros motivos, para poder apreciarlos a la luz de Dios, a quien reconocemos como un Dios de gracia.

Si, en el momento de nuestra conversión, hemos sentido nuestros pecados pesar sobre nuestra conciencia, hemos llorado, nos hemos confiado en Dios; esta es la actitud correcta ante él. Llorar ante nuestra impotencia para afrontar nuestras faltas... llorar ante las consecuencias indelebles para los hombres. Esto es lo que hizo la mujer del frasco de alabastro y lo que hicieron todos los que, como ella, escucharon: «Tus pecados quedan perdonados» (Lucas 7).

Cristianos, si nos hemos alejado de Dios, nuestras lágrimas surgen cuando nos damos cuenta de que hemos pecado. Las lágrimas de Pedro después de negar a Jesús, su Señor a quien amaba. Lágrimas amargas y ardientes, expresión de dolor en la confesión de haber deshonrado a Dios y despreciado su amor. Anuncian una recuperación, un nuevo comienzo, del que el arrepentimiento y la confesión son los primeros pasos. [5]

[5] El arrepentimiento, con las lágrimas que lo acompañan, es un fruto de la acción divina. Es la mirada del Señor Jesús la que provocó el arrepentimiento en la conciencia de Pedro. Esta mirada del Señor, llena de amor hacia su discípulo, corresponde a la acción del Espíritu Santo en nosotros para convencernos del pecado cuando leemos la Palabra (Juan 16:8; Hec. 2:37).

### 3.3 - El poder de la Palabra de Dios

*«Tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Jehová, cuando oíste lo que yo he pronunciado... y lloraste en mi presencia, también yo te he oído, dice Jehová». 2 Reyes 22:19*

En este camino de vuelta a Dios, hagamos hincapié en la importancia de la Palabra de Dios. Esta Palabra es viva, poderosa, penetrante, nos alcanza en lo más profundo, hace que nuestro corazón “arda” (Lucas 24:32) y también nos hace llorar (Neh. 8:9). Al recibirla por la fe, ella nos toca, nos transforma y nos da la fuerza para actuar según Dios. ¿Qué es lo que lleva a los dos discípulos de Emaús de vuelta a Jerusalén, sino la Palabra del Señor que ha calentado sus desanimados corazones? Más de cinco siglos antes, en torno al humillado Esdras, hombres, mujeres y niños se dieron cuenta de lo infieles que habían sido a los mandamientos divinos.

Lloran mucho, y luego buscan adecuar su vida a la Palabra de Dios (Esd. 9:14 al 10:3).

El valor de estas lágrimas está ligado a la fe en la Palabra de Dios. El joven rey Josías se humilló y lloró cuando escuchó la lectura de la ley de Dios descubierta en el Templo (2 Reyes 22:19). Su corazón y su conciencia [6] eran sensibles a la deshonra hecha al nombre de Dios. La fe nunca es indiferente a lo que dice Dios, está atenta a su gloria. Dios vio la disposición de Josías, y le dio una promesa. Mira al afligido, y al que tiene el espíritu contrito y tiembla ante su Palabra (Is. 66:2).

[6] En la Biblia, el corazón designa el centro de nuestro ser, el lugar donde se forman nuestros pensamientos (Lucas 3:15), nuestros sentimientos (Jer. 15:16; Nah. 2:10), nuestras motivaciones, nuestra fe (Rom. 10:8), nuestra comprensión de los pensamientos de Dios (Efe. 1:18), el lugar donde se toman las decisiones (Prov. 15:28; Dan. 1:8; 2 Cor. 9:7), el lugar de la conciencia moral (Deut. 8:5; Prov. 14:10; Ecl. 7:22; 1 Sam. 24:6; 2 Sam. 24:10; 1 Reyes 2:44; Rom. 2:15; 1 Juan 3:20) Dios ha enviado su Espíritu a nuestros corazones (Gál. 4:6). Nuestro corazón puede endurecerse y resistirse a Dios (Éx. 9:7; Marcos 6:52), o calentarse con su palabra (Lucas 24:32), saborear su amor a través del Espíritu Santo (Rom. 5:5) y, a través del mismo Espíritu, gritar «Abba, Padre» (Gál. 4:6).

Asimismo, cuando se lee la Palabra de Dios, el resto del pueblo que ha regresado del cautiverio llora.

Entonces Nehemías puede decirles: «No se aflijan, porque la alegría del Señor es su fuerza» (Neh. 8:9-10). A las lágrimas derramadas al escuchar la Palabra de Dios, le sigue el gozo, un gozo que viene de él. Es un gozo similar al que sigue a la prueba de la fe: es «inefable y glorioso» (1 Pe. 1:8).

### 3.4 - Las lágrimas de felicidad

*«Jacob besó a Raquel, y alzó su voz y lloró». Génesis 29:11*

*«Y Esaú corrió a su encuentro y le abrazó, y se echó a su cuello, y lo besó; y lloraron». Génesis 33:4*

*José «se echó sobre el cuello Benjamín de su hermano, y lloró; y también Benjamín lloró sobre su cuello». Génesis 45:2, 14*

*«Y José unció su carro y vino a recibir a Israel su padre en Gosén; y se manifestó a él, y se echó sobre su cuello, y lloró sobre su cuello largamente». Génesis 46:29*

Puede parecer extraño hablar de lágrimas de felicidad. Pero esto es lo que ocurre a veces, en la emoción de un encuentro. Jacob llora cuando se encuentra con Raquel, a la que no conocía. ¿Preveía el consuelo que le traería Raquel, a él que huía del odio de su hermano? El encuentro con Raquel conducirá al cumplimiento de la palabra de Isaac a su hijo (*Gén. 28:2*; comp. con *Prov. 30:19*). Jacob vuelve a llorar cuando se reencuentra con su hermano Esaú después de 20 años de exilio. Tenía miedo de la reacción de su hermano que quería matarlo, pero Dios había ablandado el corazón de Esaú y se lanza al cuello de Jacob. Son lágrimas de reconciliación.

José llora al cuello de su hermano menor Benjamín, y al cuello de su padre Jacob cuando los vuelve a ver después de largos años de separación y sufrimiento. Lo que había estado esperando durante tanto tiempo finalmente se cumple. Sus abundantes lágrimas cuando vuelve a ver a Jacob y Benjamín reflejan su alivio. Reconoce la intervención divina en su familia: sus lágrimas fluyen.

### 3.5 - Los llantos de José

*José «besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos; y después sus hermanos hablaron con él». Génesis 45:15*

José atravesó grandes pruebas, pero la Biblia no menciona explícitamente las lágrimas que su sufrimiento le hizo derramar. En cambio, menciona su llanto varias veces en relación con su familia. No solo lloró cuando volvió a ver a su padre y a su hermano menor. Primero derramó lágrimas delante de sus otros hermanos que lo habían vendido como esclavo.

Cuando José los reencuentra, muchos años después, se siente profundamente conmovido. Sin embargo, no muestra su emoción de inmediato (*Gén. 42:24*), sino que actúa con dureza hacia ellos metiéndolos en la cárcel durante tres días. Su actitud, que puede parecer despiadada, procede en cambio de la profundidad del amor que a veces puede ocultar sus emociones. Antes de hacerse reconocer por sus hermanos, era necesario que una obra de conciencia se produjese en ellos para liberarlos del terrible secreto que los ataba: la violencia hacia él y la mentira hacia Jacob, su padre.

En su segundo encuentro, Joseph comprende que realmente han cambiado. Cuando lo habían vendido, no habían tenido en cuenta el sufrimiento de su padre. Ahora tenían miedo de darle malas noticias. José se hace entonces reconocer y llora ante ellos. ¡Qué emoción ante el misterio de la obra de la gracia de Dios que ha cambiado sus corazones! Las lágrimas de José hacen posible un nuevo lenguaje entre sus hermanos (comp. *Gén. 37:4* y *45:15*).

José vuelve a llorar cuando, tras la muerte de su padre, sus hermanos le piden que los perdone. A pesar de su dolor por ser incomprendido, es capaz de decirles: «Vosotros pensasteis mal contra mí, pero Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy... Los consoló, y les habló al corazón» (*Gén. 50:19-21*). La obra de la disciplina divina en sus corazones, la actitud, las lágrimas, las palabras de José hicieron caer el muro de incomprensión y de celos que habían levantado entre él y ellos.

El perdón y la reconciliación hacen derramar en nosotros lágrimas de gratitud cuando, como José, experimentamos que el amor nunca perece (*1 Cor. 13:8*).

## 4 - Siguiendo al Señor

1. Lágrimas de compasión
2. Para el pueblo de Dios
3. Al servicio del Señor
4. Quejas y lamentos

### 4.1 - Lágrimas de compasión

«Lloró el varón de Dios». *2 Reyes 8:11*

«Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran». *Romanos 12:15*

Al seguir al Señor Jesús por la fe, experimentamos una nueva alegría que nos da su Espíritu (1 Tes. 1:6), pero esto no nos impide derramar lágrimas.

La sensibilidad, ciertamente embotada por el pecado, forma parte de nuestra humanidad. Pero el cristiano tiene una nueva sensibilidad: ha recibido la vida de Jesús, que era manso y humilde de corazón, sensible a todas las necesidades humanas. Jesús lloró y se estremeció en su interior y su alma fue impactada de tristeza.

Un cristiano no es un estoico; cuanto más se parece a su Señor, más sensible es a propósito. El Espíritu Santo trabaja en nuestros corazones para hacernos más parecidos a Cristo, en particular nos da una conciencia cada vez mayor de lo que lo deshonra, así como una mayor apertura a las alegrías y penas de los que nos rodean [7].

[7] Ciertos comportamientos pueden amortiguar nuestra sensibilidad. Pidamos al Señor que su Espíritu renueve en nosotros la capacidad de amar y la fuerza de simpatizar.

Así, nos vemos conducidos a derramar lágrimas de compasión, cuando presenciamos los sufrimientos de los demás. Estas lágrimas manifiestan algo de las compasiones de Dios (Éx. 3:7; Is. 63:9; Sant. 5:11). La compasión es una actitud del corazón, antes que una expresión de palabras.

Compadecer es «sufrir con». El Señor estaba conmovido de compasión. Interiormente, soportaba todo el sufrimiento humano y permanecía sensible a él. Esto se reflejaba por un enfoque que se adaptaba a cada persona, comprendiendo las penas de cada uno.

Amigos cristianos, aspiremos a relaciones más verdaderas con nuestros hermanos y hermanas en la fe. Para ello, necesitamos orar unos por otros, reencontrarnos, tomar el tiempo de escucharnos, aprender a percibir con una mirada afectuosa y atenta los sentimientos, las emociones y quizás las inquietudes de los demás. Pablo recordaba las lágrimas de Timoteo (2 Tim. 1:4).

*Ponemos en común  
Nuestras cargas, y trabajos.  
En Jesús somos uno  
Con gozo o con lágrimas.*

(Cánticos de victoria, n° 279, estr. 3)

## 4.2 - Para el pueblo de Dios

*«Muchos andan, de quienes muchas veces os decía, y ahora incluso llorando lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo». Filipenses 3:18*

En un mundo marcado por las consecuencias del pecado, los cristianos derraman lágrimas como los demás hombres.

Pero también experimentan sufrimientos particulares, porque llevan el nombre de Jesús (Hec. 5:41; 14:22), sufrimientos a veces ligados a la persecución y a la burla: «Mis lágrimas eran mi pan de día y de noche, cuando me decían todo el día: ¿Dónde está tu Dios?» (Sal. 42:3).

¡Qué doloroso es ver que el mal prevalece, comprobar que en muchos países la gente se aleja cada vez más de Dios! Las lágrimas brotan en el corazón de los fieles porque se deshonra el nombre del Señor y no se reconoce su amor. Las lágrimas surgen cuando el amor de Cristo por las almas nos abraza y nos hace suplicar por Cristo: «¡Reconcíliate con Dios!» (2 Cor. 5:20). Cuanto más cerca estamos del Señor, más conoceremos este amor por los que están perdidos, presos de su incredulidad y de su alejamiento de Dios (véase Rom. 9:1-3).

El amor por el pueblo de Dios ha producido a menudo lágrimas y oraciones. Eliseo llora cuando aprende el daño que Hazeel hará a los hijos de Israel (2 Reyes 8:11). Jeremías derrama lágrimas cuando advierte a su pueblo de lo que le ocurrirá si no se arrepiente. Su libro “Lamentaciones” expresa su dolor ante la ruina de Jerusalén y sus desgracias.

Siguiendo al Señor Jesús, conocemos las lágrimas. Pero al mismo tiempo saboreamos los consuelos divinos y tenemos la profunda paz de estar en el camino de la voluntad de Dios.

## 4.3 - Al servicio del Señor

*«Sirviendo al Señor con... lágrimas... Recordando que durante tres años no cesé de amonestar con lágrimas día y noche a cada uno». Hechos 20:19, 31*

«Con gran aflicción y angustia de corazón, os escribí con muchas lágrimas». *2 Corintios 2:4*

Varias veces, la Biblia menciona las lágrimas en relación con el servicio al Señor: Isaías, Jeremías, Pablo. No podemos servir a Dios con frialdad, sin amor por él y por su pueblo. Para cuidar al pueblo de Dios, necesitamos corazones de pastor. Este amor que el Espíritu de Dios ha derramado en nuestros corazones (*Rom. 5:5*) es un afecto ardiente que produce lágrimas [8] (*2 Cor. 2:4*).

[8] Las lágrimas derramadas en el camino del servicio del Señor no son un sentimentalismo, sino el signo de una implicación sincera, de un afecto ardiente. Roguemos al Señor que nos dé este amor por los que pone en nuestro camino. Entonces podremos servirlos ya orando por ellos. Es el servicio de intercesión, a menudo asociado a las lágrimas (*2 Sam. 12:21; Lam. 3:49-50; Joel 2:17*).

El apóstol Pablo lloró mucho en el servicio del Señor. Pero las lágrimas de las que habla no están relacionadas con el gran sufrimiento personal que conoció (*2 Cor. 11:25-28*), están relacionadas con el evangelio y la Iglesia. Lloró al conocer que muchos eran «enemigos de la cruz de Cristo» (*Fil. 3:18*). Durante tres años en Éfeso no dejó de avisar: tres años sin perder un solo día, ni siquiera una sola noche, descansado o cansado, sin descanso, y esto por cada hermano y con lágrimas (*Hec. 20:31*). Lloró y oró por cada uno de ellos, como lo hace una madre por sus hijos, cuando siente que están en peligro y desea que sean preservados. ¡Qué don de sí mismo! ¡Qué identificación con su Maestro!

#### 4.4 - Quejas y lamentos

«Derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor; alza tus manos a él implorando la vida de tus pequeñitos, que desfallecen de hambre en las entradas de todas las calles». *Lamentaciones 2:19*

En la Biblia, el lamento no es una queja teñida de reproche, ni una recriminación; es un diálogo, una especie de confrontación entre el creyente y su Dios. Este diálogo

surge en presencia de un gran sufrimiento. Así han orado creyentes como Job, Isaías, Jeremías, Habacuc... han llorado y le han dicho a Dios lo que no podían decir a nadie más.

Sus lamentos eran una expresión de fe ante una situación extrema.

Llorar en presencia de Dios, contarle nuestro dolor por los fallos de su pueblo, por nuestra propia pasividad culpable, no debe llevarnos a la resignación. Significa reconocer, sobre todo, nuestra incapacidad, reconocer el mal y el sufrimiento del pueblo de Dios y pedir su intervención. No descuidemos este aspecto de nuestra vida de oración (Is. 22:4).

A los reproches y quejas estériles que debilitan nuestras vidas, aprendamos a sustituir el profundo lamento expresado por la oración en la presencia de Dios. A través de la multitud de nuestros pensamientos (Sal. 94:19), con la ayuda del Espíritu Santo, rechacemos todo espíritu de crítica y resentimiento. Dejemos que él nos libere de todos estos obstáculos y meditemos en las palabras de la Biblia que él nos sugerirá. Aliviarán nuestros corazones y fortalecerán nuestra confianza en nuestro Dios.

Entonces llegará un momento en que deberemos levantarnos y avanzar con el Señor. Llorar demasiado, podría convertirse en un escape de la necesidad de actuar (Josué 7:10) [9].

[9] Podríamos derramar lágrimas, quizás inconscientemente, para conmovir a la otra persona o por compasión por nosotros mismos. El Señor Jesús quiere volver nuestros corazones hacia él, es él quien nos da valor y quien, incluso cuando todo va mal, nos hace caminar con confianza y esperanza, en nuestras alturas (Hab. 3:19).

## 5 - Las lágrimas del Señor Jesús

1. Anunciadas en el Antiguo Testamento
2. Jesús lloró

## 5.1 - Anunciadas en el Antiguo Testamento

«Porque me consumió el celo de tu casa; y los desnudos de los que te vituperaban cayeron sobre mí. Lloré afligiendo con ayuno mi alma, y esto me ha sido por afrenta». *Salmo 69:9-10*

«Mi bebida mezclo con lágrimas». *Salmo 102. 9*

«Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas». *Salmo 126:6*

Dios había dicho a Moisés: «He visto, he visto la aflicción de mi pueblo... he descendido para librarlos» (*Éx. 3:7-8*). Esta palabra anunciaba, de forma velada, la venida del Hijo de Dios a nuestra tierra de sufrimiento y muerte. Descendió, se hizo hombre, para compartir nuestra condición.

Más que eso, descendió a las profundidades de la muerte para triunfar sobre ella y abrir el camino de la vida.

El Antiguo Testamento anunciaba los sufrimientos que iban a ser la porción de Cristo y las glorias que le seguirían (*1 Pe. 1:11*). Varios salmos evocan sus lágrimas.

En el *Salmo 69*, las lágrimas del Señor Jesús se relacionan con la Casa de Dios. Su celo le produjo un profundo dolor, cuando vio la casa de su Padre profanada (*Juan 2:17*). A la expresión de santa tristeza, sus enemigos respondieron con desprecio y burlas.

El *Salmo 102* habla de los sufrimientos del hombre de dolores. Rechazado, solo, considerado impuro, considerado castigado por Dios, está abrumado en su corazón. Ya no puede comer su pan, sus lágrimas se mezclan con lo que bebe.

El *Salmo 126* habla de las lágrimas del Señor Jesús en su servicio. La semilla que sembró con lágrimas, era la Palabra de Dios que proclamó y por la que sufrió la contradicción de quienes rechazaban su mensaje. El Señor dio su vida, fue el grano de trigo que muere y da mucho fruto (*Juan 12:24*).

## 5.2 - Jesús lloró

«Jesús lloró». *Juan 11:35*

Tres veces nos dice el Nuevo Testamento que Jesús lloró. Lloró lágrimas de compasión y amor ante la tumba de Lázaro. Lloró sobre la ciudad de Jerusalén ([Lucas 19:41](#)). Ofreció «oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía librarle de la muerte» ([Hebr. 5:7](#)): una oración sin parangón a la que Dios respondió por la resurrección.

Jesús lloró ante la tumba de Lázaro. Lágrimas silenciosas de Jesús ante el sufrimiento de los hombres sometidos al poder de la muerte, que rompe los vínculos más dulces.

Durante toda su vida en la tierra, Jesús estuvo lleno de compasión. Él mismo «tomó nuestras debilidades, y cargó con nuestras enfermedades» ([Mat. 8:17](#)). Su compasión se expresó en palabras y actos de bondad y sanación. También se expresó con lágrimas. Llevó, como una carga en su corazón, los dolores y las debilidades de los afligidos. Esta compasión por todos los que sufrían –y no solo las persecuciones que soportó– hicieron de él el hombre de dolores ([Is. 53:3](#)).

Al mismo tiempo su gozo era perfecto, y nos deja su gozo, para que esté en nosotros ([Juan 15:11](#); [17:13](#)). También nosotros, mientras derramamos lágrimas, podemos saborear el gozo del Señor Jesús. Esta es la paradoja de la vida del cristiano: «entristecido, pero siempre gozosos» ([2 Cor. 6:10](#)).

*Sí, en toda tu vida,  
Sensible a nuestras desgracias,  
Sufriendo por simpatía,  
Llevaste nuestros dolores  
Sé, que en tu gracia,  
En el momento del abandono,  
Sufriste en mi lugar  
Y me ganaste el perdón.*

*Tu amor me reclama,  
¡Aquí estoy, querido Salvador!  
Toma mi cuerpo y mi alma  
Por el precio de tu dolor.  
Sí, mi alma encantada  
A partir de ahora, nada más quiere  
Qué vivir de tu vida,  
¡A tu gloria, oh Jesús!*

(Fuente desconocida)

## 6 - Los consuelos de Dios

1. El Dios de toda consolación
2. Los mensajeros de consuelos
3. Jesús, nuestra esperanza

### 6.1 - El Dios de toda consolación

«Como aquel a quien consuela su madre, así os yo a vosotros consolaré». *Isaías 66:13*

El gran Dios del cielo y de la tierra está al lado de los que tienen el corazón roto. «El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas» (*Sal. 147:3*).

¡Felices los que se abren a la compasión del Dios que consuela! El primer consuelo es conocer a Dios, conocerlo por la fe. Entonces sabemos que nos ama: nos lo demostró en la cruz de Cristo.

También nos enseña que quiere nuestra felicidad; sabe mejor que nosotros lo que necesitamos, pues solo él es sabio; todo lo hace bien. Si a veces lloramos, podemos recordar que está cerca de nosotros y que podemos decirle todo. Podemos aceptar que es él quien ha preparado las circunstancias por las que estamos pasando.

Busquemos su presencia, mantengamos en todo momento una estrecha relación con él, ahí «están tus caminos». Entonces percibiremos su ternura. Cuando lleguen tiempos difíciles, veremos sus brazos abiertos: el consuelo está ahí.

«Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas, en cuyo corazón están tus caminos. Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente... Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion» (*Sal. 84:5-7*).

Dios se revela así, como el Dios del consuelo (*Rom. 15:5*), de todo consuelo (*2 Cor. 1:3*). En nuestras pruebas y dolores, se manifiesta de una manera íntima, nueva, como el que seca nuestras lágrimas.

Hasta que Dios «enjuagará toda lágrima de sus ojos; y ya no existirá la muerte, ni duelo, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apoc. 21:4).

## 6.2 - Los mensajeros del consuelo

*«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación; quien nos consuela en toda nuestra aflicción, para que podamos nosotros consolar a los que están en cualquier aflicción, por medio de la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios». 2 Corintios 1:3-4*

Dios nos consuela por medio de su Espíritu, que es llamado el Consolador (Juan 14:26). Lo hace a través de su Palabra, a través del consuelo de las Escrituras (Rom. 15:4). Lo hace también a través de los suyos, que han probado ellos mismos los consuelos divinos.

A veces, cuando alguien está llorando, tendemos a intentar detener el llanto. Pero, ¿no deberíamos dejar que las lágrimas fluyan? No impidamos que se haga el trabajo en el corazón. Estemos atentos para que, con la ayuda del Espíritu Santo, los consuelos de Dios puedan ser recibidos.

Es habiendo experimentado nosotros mismos los consuelos divinos, que podremos, con la ayuda de nuestro Dios, consolar a los demás, como mensajeros en su nombre. Tal vez sin palabras, pero con una forma de ser, una comprensión del corazón, una escucha respetuosa y afectuosa... ¿Estamos preparados para comprender a los que pasan por pruebas, que conocen la angustia, para ayudarles a refugiarse en el «Dios de toda consolación»? No nos cerremos a los que están en apuros, sino que, como el Samaritano de la parábola, acerquémonos a los que sufren para ser, con la ayuda divina, consoladores.

Incluso si nosotros mismos estemos cargados (2 Cor. 1:5-6), podemos ser de los que consuelan.

*“Cuando estamos agobiados por las cargas que llevamos, si sentimos la presencia de Dios, se nos puede dar fuerza para cuidar a los demás. Podremos hacerlo sin que seamos liberados de todos nuestros ejercicios. Si nos ponemos ante Dios, entraremos en simpatía con los sufrimientos de los demás. Pues, es la presencia de Dios la que permite realizar esta simpatía que viene de él” (según Louis Chaudier).*

### 6.3 - Jesús, nuestra esperanza

«Que nuestro mismo Señor Jesucristo, y nuestro Dios y Padre, quien nos amó y nos dio eterno consuelo y buena esperanza por gracia, consuele vuestros corazones y os fortalezca en toda obra y palabra buena». 2 *Tesalonicenses* 2:16-17

El consuelo está en Cristo (*Fil. 2:1*), como también la esperanza, una realidad brillante y cierta. Pablo escribe: Jesucristo, nuestra esperanza (*1 Tim. 1:1*). No solo nuestra esperanza está en él, sino que él mismo es nuestra esperanza. La victoria de Jesús, ganada en la cruz sobre los poderes del mal y de la muerte, y manifestada luego en su resurrección, es el fundamento y la garantía de la esperanza y el consuelo cristianos.

La fuerza y la belleza del mensaje cristiano, consiste en proclamar que la muerte no tendrá la última palabra. Ya ha sido derrotada por Jesús. Cuando un verdadero cristiano muere, es para estar él mismo con su Señor, mientras su cuerpo espera la resurrección. Cuando enterramos el cuerpo de un creyente querido, es como si plantáramos una semilla en la tierra (*1 Cor. 15:38, 42*). A la voz del Señor Jesús, ese cuerpo será resucitado, glorioso, más allá del alcance del pecado y de la muerte.

Amigos cristianos, ahora vivos, «no todos nos dormiremos, pero todos seremos cambiados» (*1 Cor. 15:51*) por el mismo poder de la resurrección, para estar con Cristo en un cuerpo glorioso, semejante al suyo.

*Lamentos, suspiros, lágrimas y sufrimientos  
Son desconocidos en el lugar celestial.  
Tú lo llenas, Jesús, con tu presencia,  
Allí todo es paz, es el descanso de Dios*

*Anímense, amigos, levantemos la cabeza  
Hermanos, el esposo, el Señor, viene.  
Nos invita a la eterna fiesta  
Descanso de amor, ese es nuestro porvenir.*

(Himnos y Cánticos, francés, n° 157, estrofas 3 y 7).